

*M. D. Heforn Zubia*

7918

37.

ESTADO SOCIAL

DE

LA HUMANIDAD

EN LAS VARIAS EDADES DE SU HISTORIA.

CONFERENCIAS

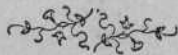
DADAS EN EL ATENEO DE LOGROÑO,

POR

Don Joaquín Lopez Correa,

CATEDRÁTICO DE GEOGRAFÍA É HISTORIA DEL

INSTITUTO DE DICHA CIUDAD.



LOGROÑO:

Imp. de Federico Sanz, Estacion, 2.

1882.

R  
305

**NO SE PRESTA**

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



**1000211511**

T= 77855

.C. 211.511

R  
3805

# ESTADO SOCIAL

DE

# LA HUMANIDAD

EN LAS VARIAS EDADES DE SU HISTORIA.

---

## CONFERENCIAS

DADAS EN EL ATENEO DE LOGROÑO,

POR

Don Joaquín Lopez Correa,

CATEDRÁTICO DE GEOGRAFÍA É HISTORIA DEL  
INSTITUTO DE DICHA CIUDAD.

---

I.

EDAD ANTIGUA.

---



A. 90.454

LOGROÑO:

Imp. de Federico Sanz, Estacion, 2.

1882.

ESTADO SOCIAL

LA HUMANIDAD

EN LAS VARIAS EDADES DE SU HISTORIA

CONFERENCIAS

DADAS EN EL ATENEO DE LISBONA

---

Es propiedad.

---

CURSO ANTIGUA

---

---

## EDAD ANTIGUA. (1)

---

### Señores:

Como en el pasado curso, primerode existencia de este Ateneo (2), voy á tener en el presente la inmerecida satisfaccion de dirigiros la palabra desde este sitio, tan dignamente ocupado en sesiones anteriores por ilustrados individuos de esta Sociedad científica y literaria.

No siendo esta la vez primera que vais á honrarme con vuestra grata compañía y benévola atencion, me creo relevado de la acostumbrada fórmula de comenzar encomiando el asunto de la conferencia, ponderando á la vez la inferioridad del disertante, pues estoy plenamente convencido de que igualmente puede caerse en la inútil presuncion por la rastrera senda de la exagerada humildad, como con el insensato vuelo de un Ícaro sin experiencia.

Debo manifestaros con ingenuidad lo que por mi entendimiento pasa al adquirir por vez primera cualquiera de los conocimientos del magestuoso árbol de la ciencia, que de algun modo son expuestos en las conferencias de este Ateneo. Mi sencillez y naturalidad son tan grandes que, en tales ocasiones, me siento en cierto modo fascinado y atraído irre-

---

(1) Conferencia dada el 29 de Marzo de 1879.

(2) El 20 de Abril y 29 de Mayo de 1878. Conferencias sobre Cronología Técnica.

sistiblemente por el brillo y el prestigio de la verdad, bien que esta se presente ataviada con las pomposas galas de la más atildada oratoria, ya se exhiba estricta, rígida y severa bajo forma filosófica ó matemática.

Comprendeis muy bien, como yo, que en último resultado, si la verdad es la vida del entendimiento humano, á ella deberemos aspirar por los medios más adecuados al carácter peculiar que á cada uno nos distinga, y, por tanto, si mis condiciones personales no son idóneas para exponeros la ciencia con la galanura y animacion con que saben hacerlo disertantes más felices, debereis conformaros con mi árida y fria explanacion del tema que habeis visto anunciado, estando á la vez bien persuadidos de que mis propósitos son indicar lisa y llanamente cuanto sobre el asunto haya en mi criterio escogitado y reunido como más conveniente para exponerlo á vuestra clara penetracion, sin que me crea obligado á revestirlo de atavíos pasajeros y gastados. Si por distraccion llegase yo á faltar á esta mi consigna, figuraríase-me haber desvirtuado el mérito de la verdad exhibida, del mismo modo que se desfiguraría el mérito del precioso tipo griego de las esculturas de Fidias y Praxiteles y el de los cuadros de Apeles y Parrasio, si se los presentara ataviados con las profusas galas de nuestros inconstantes figurines de la moda.

Precisamente el tema que va á ocuparme en esta conferencia y las restantes, debe afectar el aspecto de un relieve ó una pintura para sensibilizar de algun modo la vida de la humanidad en las diversas evoluciones de su existencia. Para ello, y en la necesidad de acomodar tan vasta materia á las cortas proporciones del tiempo de que dispongo, me veré precisado á usar de los rasgos, de los perfiles, de los golpes de luz más característicos y conducentes al fin propuesto.

Hoy día, en el estado social en que hemos nacido, nos hemos desarrollado y educado, estamos tan impregnados de la atmósfera que nos rodea, estamos tan connaturalizados con las condiciones propias de la moderna sociedad, que sólo á puro de meditar sobre los hechos de las edades pasadas, y en fuerza del ejercicio de la abstracción, nos llegamos á figurar el modo de ser de la humanidad en los siglos que nos precedieron, representándonosla con la vida práctica que la caracterizaba en cada una de las etapas de su existencia.

Atendido esto, mis propósitos en esta conferencia y las restantes son exponer, de la manera que esté á mis alcances, *El aspecto social de la humanidad en las varias edades de su Historia*, ocupándome en esta noche, *De la organización de la sociedad en la edad antigua*.

Todos comprendéis perfectamente que la Historia de la humanidad es el testigo permanente de su existencia trascurrída, es, por decirlo así, la conciencia de la humanidad; pues, si la conciencia en el individuo le hace á él presente cuanto lleva de existencia, juzga de lo ejecutado y le testifica ser siempre él el mismo sujeto agente, el mismo individuo, la misma personalidad en medio del torbellino de modificaciones y accidentes que le han venido rodeando desde que se conoce á sí mismo: igualmente la Historia de la humanidad es para ella el testigo y criterio de sus acciones y de toda su vida realizada hasta el presente. Por tal motivo ya en los antiguos tiempos el célebre orador y publicista romano Cicerón consideró á la Historia como el testigo de los tiempos luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida y mensajera de la antigüedad; y aún muchos siglos antes de Cicerón el incomparable Herodoto, padre de la Historia, bautizó, digámoslo así, con acierto á su predilecta hija, cuando

(1) Cicerón—De Oratore, lib. 2.<sup>o</sup>

por vez primera leyó sus ensayos históricos ante el absorto pueblo griego en los juegos olímpicos y fiestas panateneas; su nombre se derivó del verbo griego *isoreo ó istoreo*, traer á la memoria, como dando á entender Herodoto que con su obra hacía de nuevo presentes los hechos más notables ocurridos durante los pasados siglos.

La humanidad, Señores, es un ser moral concreto en cierto modo y determinado, y si bien no es un ser tan individualizado como una persona ó como un objeto cualquiera material, forma, sin embargo, un todo completo de naturaleza propia y característica, que se desarrolla y sigue sus evoluciones ó desenvolvimientos peculiares. En verdad, si la humanidad es el conjunto de las individualidades humanas, reunirá en sí y en grado sumo las condiciones todas características de su naturaleza; en una palabra, lo que se diga del individuo, deberá generalizarse al tratar de la humanidad. Por tanto, pues, si el sugeto de la Historia Universal es el género humano, deberemos considerar á éste como un solo hombre, cuya vida se desenvuelve con los siglos y se compone de todo cuanto pasó, pasa y pasará sobre la tierra su morada.

Con tales antecedentes se explica perfectamente el que la vida de la humanidad, tan reflejada en la Historia, presente condiciones y modificaciones análogas á las fases ó edades que atraviesa el individuo, y de tal manera, que al tratar de metodizar el estudio de aquella rama de los conocimientos, se ha hecho indispensable establecer para mayor claridad la division de ella en edades, cuyos caractéres distintivos tienen sumo parecido con los de las edades del hombre. Hasta el presente la humanidad, segun la mayoría de los críticos é historiadores, manifiesta haber recorrido dos de sus edades, y en la actualidad atraviesa la tercera; estas edades, antigua, media y moderna son sus edades de infancia, juventud y virilidad.

Sucede tambien que, al pretender determinar los límites que separan ó distinguen unas de otras las edades del individuo, no se marca precisamente un instante material, un momento crítico que las deslinda; porque sabido es que la naturaleza no obra por saltos bruscos, sinó más bien opera sus evoluciones lenta, gradual y hasta imperceptiblemente. Con todo, así como para las edades del individuo se suelen colocar sus transiciones, la de su infancia á la juventud entre los 10 y los 15 años, de esta á la virilidad de los 25 á los 30, y, finalmente, de la virilidad á la vejez de los 50 á los 60 años; así tambien se ha considerado en la Historia que los límites de sus edades fluctúan entre el 3.º y 5.º siglo de la Era Cristiana para terminar la edad antigua, y entre los siglos 14.º y 16.º para dar fin á la edad media; no pudiendo todavía determinarse el momento crítico en que la humanidad deba considerarse que ha salido ó que haya de salir de la edad moderna, por más que acostumbren algunos á marcar una nueva edad llamada contemporánea ó de nuestros días, que comenzó en la revolucion francesa de 1793.

Como para la buena marcha ó método en el estudio de la Historia es muy útil concretar, á ser posible, en un acontecimiento trascendental los límites de las edades históricas, se han adoptado varias divisiones sin salirse de los linderos que acabamos de indicar. Aunque son muchos los métodos seguidos, el más generalizado entre nosotros es el que finaliza la edad antigua en la destruccion del imperio romano de occidente por los bárbaros del norte, representada esta destruccion, que duró varios siglos, en la toma de Roma por el jefe de los hérulos Odóacro y destronamiento del último emperador Rómulo Augústulo en 476 despues de Jesucristo; la edad media termina en la toma de Constantinopla por los turcos otomanos en 1453, acontecimiento que dió fin al imperio romano de oriente, llamado tambien imperio griego, el

cual fué sustituido por el pujante imperio de los Osmanlis que vemos hoy tan decrepito y caduco ante nuestra vigorosa y civilizada Europa. Despues de tal acontecimiento, acaecido pocos siglos despues de iniciado en la Europa feudal el llamado renacimiento de las ciencias, letras y artes y coincidiendo con los grandes descubrimientos, la humanidad entró franca y resuértamente en la etapa de su virilidad, siendo las generaciones actuales las últimas herederas y continuadoras del impulso ya adquirido.

En la primera edad, ó sea en la edad antigua, los pueblos, como los individuos en su niñez, vivieron bajo la ineludible tutela del Estado y como en perpétua infancia; la personalidad humana estaba entonces como anonadada ante el absolutismo despótico de aquellos grandes imperios absorbentes, viniendo los individuos á ser en realidad meros accidentes, simples números en el gran conjunto de la sociedad. No de otra manera la persona humana en su infancia está tan fuértemente ligada á la entidad familia, que apenas si realiza en la sociedad su propia individualidad; el niño en sus primeros años no se dá cuenta de sí mismo como ser individual y propio, no tiene vida refleja, no sabe distinguirse de los demás, viviendo confundido como si fuera una misma cosa con las personas que le crían y le educan. Tan omnímoda absorcion de la personalidad humana por la entidad Estado en la edad antigua resalta con más fuertes colores, si se tiene en cuenta que la hedionda y repugnante lepra de la esclavitud tenía sumidas en tan degradante situacion á las diez y nueve vigésimas partes de la humanidad, y bien sabido es que al esclavo hasta se le negaban los derechos de hombre y el título de persona.

Durante la edad media, como edad de la juventud y de las ilusiones, merced á la divina y salvadora doctrina del Cristianismo y á los sentimientos del individualismo y dignidad

personal importados á la antigua sociedad por los sencillos pueblos bárbaros, se operó en ella una irresistible y saludable accion de progreso. La persona humana, esto es, el individuo restaurado se desligó del Estado emancipándose de su férrea tutela, y la denigrante esclavitud se trasformó por lo pronto en servidumbre, situacion más suave y llevadera, considerada como paso ó transicion de la esclavitud antigua á la libertad moderna. La servidumbre, pues, al terminar esta edad desapareció en su mayor parte, si nó en totalidad, siendo sustituida por el honroso salario para ennoblecer el trabajo, universalizar el título de ciudadano, originar nuestra sublime clase media y preparar á la humanidad para la fraternidad universal. Como complemento de esta notabilísima trasformacion social vése desaparecer la anarquía feudal ó señorial de Europa, para dar paso á la constitucion del verdadero poder real y á la organizacion de las modernas monarquías europeas.

Segun lo que acabamos de manifestar, los pueblos en la edad media se asemejan en un todo al carácter de la juventud inquieta, impaciente, llena de ilusiones y esperanzas, indómita en cierto modo por sus nacientes pasiones y fuértemente propensa á la emancipacion de toda autoridad, de toda traba impuesta por la edad y la reflexion de los padres, maestros y tutores. Además, si en medio de estos caracteres propios de la juventud se vislumbran ya conatos en cada individuo de llegar á representar en la sociedad el verdadero papel de hombre *sui juris*, útil á sí mismo y á sus semejantes; igualmente los pueblos en la edad media, enérgicos y bulliciosos, se agitan y commueven sobre los dos quicios, digámoslo así, del Cristianismo y del régimen feudal, fortificándose y desarrollándose para preparar al mundo pueblos y generaciones viriles y enérgicas, que han de caracterizar la edad moderna ó actual de la humanidad.

A partir de tan solemne momento, la humanidad viril y desarrollada inicia el primer paso á su perfecto desarrollo, es decir, entra en la edad moderna, en la cual el hombre constituido ya en sér completamente libre como individuo, alcanza su emancipacion como ciudadano, se organiza la clase media y aparecen á la vez las grandes monarquías verdaderamente nacionales, germen de las actuales monarquías constitucionales, así como de las repúblicas democráticas y no aristocráticas ni oligárquicas, como fueron casi en totalidad las que existieron en la edad antigua.

Tenemos, por consiguiente, un estado social más perfecto en que el completo desarrollo, la mayor edad, digámoslo así, de la humanidad muestra la grande energía de sus actividades en las letras, ciencias, artes, industria, política y demás adelantos y medios que contribuyen al mayor bienestar general de la sociedad.

Todavía, sin embargo de la grandiosa y deslumbradora civilizacion moderna y de la última trasformacion operada en la gran revolucion del siglo pasado, se echa de ver cierta imperfeccion que empaña ese *desideratum* del bien general de todos nuestros semejantes, cuya consecucion constituye actualmente uno de los problemas más árdulos, delicados y complejos que los gobiernos del día y los hombres de estado y diplomáticos tienen sobre el tapete para resolverlos; me refiero al problema social, á ese importantísimo asunto del completo órden universal y bienestar universal, provocado como en otras ocasiones por la actual sobreescitacion de las últimas capas sociales que constituyen el *cuarto estado*. Estamos quizá llamados los que hoy vivimos á ser testigos de una nueva evolucion que, imponiéndose á las conciencias por la fuerza de la verdad, la justicia y la moralidad, no por la bárbara violencia, brote y se constituya espontá-

nea y naturalmente en el seno de las sociedades civilizadas y las humanice más todavía, si me es permitida esta expresión.

Sin duda alguna, si esta transformación se realiza, será debida á la dulcificación de las ideas políticas en las actuales generaciones, quienes sin apercibirse ni darse cuenta están empapadas en las rectas y laudables ideas que surgieron y sobrenadaron en el diluvio de 1793, sin confundirse en nada con lo que tuvo de irracional y absurdo aquel cataclismo político. Así también podrá considerarse como poderoso elemento de transformación la actual y grandiosa explotación de las fuerzas de la naturaleza modeladas en el vapor, la chispa eléctrica, la profusa imprenta, la unificación monetaria, la de pesas y medidas, el teléfono, el fonógrafo, el motor solar y hasta los refinados inventos de la mortífera guerra; elementos todos que pondrán en contacto así á los pueblos como á los individuos y harán de ellos una sola é inmensa familia, cuyas necesidades intelectuales, afectivas y materiales serán atendidas hasta donde factible sea á la actividad humana, para que no haya desheredados entre nuestros semejantes y reine en todas partes la virtud, la justicia, la sabiduría y la felicidad.

Tal es, Señores, el gran cuadro que la humanidad presenta en el desenvolvimiento de la vida que ha realizado hasta el presente, y cuya explicación me he propuesto presentar á vuestro ilustrado criterio de la manera que sea accesible á mis escasas fuerzas.

No os extrañareis de que haya sido algo detenida esta especie de introducción, á manera de prenotandos, si considerais que se refiere á materia tan extensa y que me ocupará varias sesiones. Por tanto, voy á exponer ya la organización de la sociedad en la edad antigua.

Estudiado detenidamente el estado social de la humanidad en la edad antigua, y comparándolo con el de la edad media y moderna, presenta caractéres tan distintivos que bastan para personificar aquella primitiva edad del mundo. Mucho pudiera aducirse, y sería interminable la cuestion si no procurase resumir y condensar lo que sirva más al caso y se adapte al tiempo de que dispongo.

Los rasgos, los perfiles más distintivos que sobre la edad antigua voy á exponer á vuestra consideracion son los siguientes; *el politeismo absurdo,—el despotismo gubernamental,—las denigrantes castas,—la ominosa esclavitud,—la propiedad comunal ó colectiva,—y la desquiciada familia.*

Trataré primero del politeismo por ser lo que más resaltó é influyó en la sociedad antigua, siendo él en realidad su gran máquina ó armazon orgánico.

Considerada la narracion mosaica como único dato histórico capaz de darnos razon plausible del origen del Universo y especialmente del hombre, no ya sólo por el carácter que de divínamente inspirada reviste á dicha narracion, si que tambien tomándola como documento méramente humano y razonable, deberemos hacer caso omiso de toda otra teoría histórica que asigne al mundo y al hombre abolengos de otra especie que los que el Génesis consigna.

Entre otros pasages bíblicos, que pudieran aducirse como prueba, citaré uno que por sí solo bastará para convencernos de la veracidad histórica de cuanto Moisés refiere; aludo á las palabras de Noé dirigidas á sus tres hijos, Sem, Cam y Jafet, al bendecirlos poco ántes de morir aquel célebre patriarca. (1) Parece revelar cláramente Noé en sus palabras el genuino papel que los descendientes de sus tres hijos habían de representar en la escena de la humana historia

---

(1) Génesis, cap. IX. v. 25, 26 y 27.

durante los venideros siglos: Noé que viviese hoy no fotografiaría con menos palabras ni con más precisión las condiciones actuales de los pueblos semitas, camitas y jafétidas. Efectivamente, al dirigir Noé su palabra á Cam y al querer castigar un insulto que recibió de él, emplaza ante sí á los descendientes camitas personificados en su nieto Chanaan y exclama: «*Maldito sea Chanaan, esclavo será de los esclavos de sus hermanos;*» terrible sentencia palpablemente cumplida en aquellos pueblos asiáticos, africanos y oceánicos que de procedencia camita sirvieron y aún sirven hoy de asqueroso criadero de esclavos para el mundo que los tolera. Dirigiéndose despues al respetuoso Sem, le dice: «*Bendito sea el Señor Dios de Sem, sea Chanaan su esclavo;*» palabras que, además de ratificar las anteriores, indican claramente la especial religiosidad de los pueblos semitas, en quienes se vinculó la promesa del Mesías y en quienes se ha manifestado con más intensidad la sublime idea de la unidad de Dios, sirviendo de ejemplo los judfos y los árabes musulmanes. Vuelto, por fin, Noé al simpático y magnánimo Jafet, estirpe de los pueblos europeos, le dirige estas palabras lisongeras: «*Dilate Dios á Jafet y habite en las tiendas de Sem y sea Chanaan su esclavo:*» ¿quién no vé en esta profecía anunciado el dominio del mundo por la expansiva, colonizadora y civilizadora raza jafética, que ha implantado la enseña de su dominacion en todas las regiones de la tierra?

Dispersados los descendientes de Noé desde las llanuras del Senaar por las diversas comarcas de la superficie terrestre, cada familia ó grupo de ellas al separarse de las demás llevó consigo el conjunto de primitivas verdades, tradiciones y conocimientos fundamentales que sus comunes ascendientes les legaran, difundiéndo las así por todo el mundo.

La primitiva intensidad y claridad de aquellas verdades y principios fueron poco á poco debilitándose y oscureciéndose

en la memoria de los pueblos, relajándose y tergiversándose á la vez la práctica de los deberes religiosos, que ligaban á la humanidad con Dios, su Creador. Si se exceptúa el pequeño grupo de individuos que formaron el pueblo hebreo, pueblo escogido por Dios para conservar puras é intactas las verdades reveladas y promesas á realizar, todos los demás pueblos antiguos desconocieron por olvido el concepto de la unidad y espiritualidad de Dios providente, infinito y personal, cayendo necesariamente en el *politeísmo ó idolatría*.

El politeísmo ó idolatría no fué otra cosa que la descomposición de la idea de lo infinito, diluyéndolo en la naturaleza y aún en el hombre mismo. Pruebas de ello son, el sencillo naturalismo chino, el panteísmo abrumador de los indios, la doble religion egípcia (científica y emanatista en las castas sacerdotal y guerrera, y grosero fetichismo en el ignorante pueblo), el dualismo persa, la astrolatría de los sabeos, asirios y caldeos, la cruel y repugnante idolatría de fenicios y cartagineses, y, en fin, el antropomorfismo de griegos y romanos.

Desconociendo así el hombre el grandioso y sobrenatural concepto de un solo Dios infinito y púramente espiritual, de cuya onnipotente y libérrima voluntad es un acto *ad extra* el Universo y cuanto en él se encierra, y no dándose tampoco razon el entendimiento humano del modo de obrar de las fuerzas propias de la naturaleza, por él deificada, las divinizó á su vez, individualizándolas y hasta personificándolas para distinguir las mejor. No otra cosa fueron los innumerables dioses del Panteon gentílico, que llegó á clasificar hasta treinta mil divinidades.

Como ejemplo de la multiplicidad de dioses y personificación de las fuerzas de la naturaleza podemos recordar á Júpiter padre de los dioses, y cuyo nombre se considera como un trasunto del Jehová (Jovis) del Génesis, á Saturno ó Kronos

personificación del tiempo, Minervá ó Palas la sabiduría que brotó de la cabeza de Júpiter, Venus la fuerza misteriosa reproductora de los animales, Flora la de las plantas y Ceres de las mieses; Urano representacion del cielo ó firmamento, Apolo del Sol, Diana de la Luna, Cibeles (llamada tambien Rhea, Vesta y Tellus) de *la Tierra*; Marte la guerra, Neptuno el mar, Vulcano el fuego, Eolo los vientos, y otros mil y mil ejemplos que sería prolijo enumerar.

Tan degradado llegó á ser para muchos pueblos paganos el concepto formado acerca de la Divinidad, que divinizaron hasta los seres inertes como los astros, montes, rios y los más diminutos y pueriles objetos, como los animales y las plantas. Así se comprende que el apologista Justino ridiculizase en los primeros siglos del Cristianismo á los egipcios y demás pueblos que daban culto hasta á los puerros y cebollas, diciéndoles; «*Oh sanctas gentes quibus in hortibus nascuntur númina!*» ¡Felices y santos pueblos á quienes les nacen dioses en los huertos! Y, si esta degradacion no fuese suficiente para demostrarnos los fatales efectos de la idolatría, fijemos nuestra consideracion en otros resultados todavía más funestos en el terreno de la moral de las sociedades antiguas; llegóse en ellas á la mayor abominacion, á la indignidad de personificar y divinizar las pasiones más degradantes y hediondas. Sobre este particular fué donde más tuvo que luchar la regeneradora doctrina del Evangelio cuando apareció esta buena nueva en los últimos siglos de la edad de que se trata.

Habiendo de ocuparme en otra conferencia de la transformacion religiosa y moral efectuada por el Cristianismo, como asunto de la edad media, no insistiré más sobre la idolatría de la antigüedad, bastando lo dicho para que se comprenda el contraste radical y profundo que separaba al con-

cepto religioso de antes del de despues de la venida de Jesu-  
cristo, Redentor del mundo.

Los instintos y facultades del hombre, las necesidades y exigencias todas de su débil y complicada organizacion, y, en fin, su doble naturaleza espiritual y material, que le ha valido el calificativo de *micro cosmos*, mundo en pequeño, son condiciones claras que le distinguen y separan absolutamente de los demás séres animados, y testifican á la vez que el hombre nació para vivir en sociedad y no en el aislamiento.

Admitida, pues, la unidad de la especie humana y su necesaria y natural tendencia á la vida social, podemos rechazar de antemano toda teoría histórica que date á los hombres de orígenes diversos y del estado salvaje ó embrutecido como las fieras. El salvaje, que en su ignorancia estúpida y grosera presenta, sin embargo, indicios de reconocer en sí mismo y en sus semejantes una procedencia de mejor estado que el que á la sazón disfruta, es, como dice Schlegel con otros filósofos, un testimonio de que su condicion de salvaje no es un estado inicial ú originario, sino que es una decadencia de otro más perfecto y primitivo, una degradacion ó degeneracion hácia la naturaleza animal con perjuicio de la naturaleza moral, parte la más noble de la doble naturaleza humana; deduciéndose de aquí en consecuencia que las costumbres, creencias, conocimientos, language y condiciones todas de los que llamamos salvajes son un conjunto de ruinas, mas nó un estado primordial ó embrionario. Testimonio irrecusable debe ser, en pró de lo que acabo de indicar, el que en todos los pueblos, por rudos é ignorantes que sean, se hayan hallado vestigios de tradiciones comunes, universales é idénticas, entre ellas la que

se refiere á una edad de oro remota, que ya pasó, de un estado más perfecto y venturoso; en una palabra, una profunda y arraigada reminiscencia de cierta felicidad perdida, pero con irresistibles presentimientos y aspiraciones á recobrarla. Diríase que en el mundo moral, en la vida del espíritu humano se reflejan en cierto modo las mismas evoluciones que en el de la materia; á la accion la reaccion, al descenso del péndulo su elevacion, á la caída moral la tendencia á la restauracion de su perfecto estado; quedando por resolver entre las varias escuelas ó teorías históricas el fundamental y trascendental problema de, si el hombre por sí solo puede llegar á recuperar el estado de perfeccion á que aspira, ó si necesita para ello auxilio extraño y sobrehumano. Inútil creo consignar aquí que este último extremo ó solucion es la base de la escuela católica, la más generalmente seguida, la cual sienta los principios históricos siguientes: creacion del hombre por Dios, elevacion del hombre de su estado de pura naturaleza á otro estado de gracia y santidad, caída del hombre ó pecado original, restauracion del hombre por Dios Redentor y libre cooperacion del hombre á la divina obra de la redencion.

Bien tomemos por punto de partida para la Historia de la humanidad la divina revelacion del Génesis, única que, en nuestro entender, puede remontarnos á sus orígenes, bien comencemos la Historia, humanamente elaborada, en la aparicion de los primeros pueblos organizados, es lo cierto que la tendencia del hombre á la asociacion fué inseparable de la idea de autoridad, y que esta idea de autoridad debió brotar inmediatamente de los primeros destellos de asociacion en lo que llamamos familia; deduciéndose de aquí que el padre en la familia ó el patriarca en la tribu, formada de las varias familias oriundas de su descendencia, dieron origen á la primera forma de gobierno, al gobierno patriarcal. Por

tanto, la familia, de la que trataremos al final, debe ser considerada tan antigua como la aparición del hombre sobre la tierra, como la base ó piedra angular del magestuoso edificio social.

Puestas en los primeros tiempos históricos unas tribus frente á otras, y siendo de intereses incompatibles, de tendencias encontradas y de pretensiones opuestas, nació entre ellas la guerra, terrible pero supremo tribunal creado para dirimir las cuestiones, y hasta de ahora no reemplazado por otro más conforme á razon, por mas que hoy se delante mucho la mediación pacífica de la diplomacia; la guerra engendró el caudillage, por lo cual el más valiente, el más experto y de mejores condiciones para el mando, asumió el poder en la conquista y erigió la autoridad monárquica. Tal nos debemos figurar á Nemrod en Babilonia, á Assur en Asiria, á Fohi en China, Menes en Egipto, Chandra en la India, Rustan en Persia y Giges en la Lydia; á Minos en Creta, Cadmo, Cecrope, Danao y Pelops en la Grecia; y, en fin, á Jano, Enotrio, Evandro, Latino y Rómulo en los países de la Italia. De esta manera la autoridad patriarcal se reprodujo en la metrópoli, convirtiéndose la ciudad en cabeza de otras muchas, del mismo modo que los patriarcas habían gobernado muchas familias de igual origen.

Entónces fué cuando los llamados fundadores y conquistadores de imperios en la antigüedad, validos del prestigio de su dominación y ayudados por las erróneas doctrinas de la idolatría, fruto del olvido de las primitivas tradiciones, se convirtieron en seres sobrehumanos, en vivas representaciones de la divinidad; portanto, asumieron en sí todo poder, toda autoridad, confundiéndose en ellos las dos esferas de lo político y lo religioso, representados ántes por el patriarca en la tribu. Así tambien se explica que en tales personajes fuese su voluntad omnímota sobre todo lo conquistado, y

que una sola cabeza reuniera el poder de hacer leyes, ejecutarlas y juzgar á sus subordinados; que se constituyera, en fin, un dueño absoluto del terreno y de cuanto en él existiese, y que para asegurar su posesion exterminase á los indígenas, ó los redujera á la esclavitud, ó tambien los transmigrase en grandes masas de unos paises á otros.

El furor de la conquista y el buen éxito coronando á los invasores estimularon más y más á estender la dominacion, siendo por tanto frecuentes las fundaciones, destrucciones y restauraciones de los colosales imperios antiguos, como los asirio-babilónicos, el egipcio, el lydio, el medo-persa, el griego y aún el romano, todos ellos genuinas representaciones del despotismo antiguo.

La idea ó institucion del *despotismo gubernamental*, que bajo el nombre de poder absoluto presidió á los grandes imperios de la antigüedad, institucion ó idea contraria al espíritu social de la edad media y moderna, debió necesárimente originarse en el Asia y desde allí difundirse por los demás paises del globo. Efectivamente; aquella region del mundo, cuna de la humanidad, hubo de presentarse en toda su naturaleza tan exageradamente colosal á la contemplacion del hombre, que este no pudo ménos de considerarse como anonadado ante ella; enhiestas montañas, caudalosos rios, interminables llanuras, climas extremados, aterradores metéoros, arrolladoras tempestades, atmósfera embriagadora, refulgente sol, suelo fertilísimo, feroces animales, y, en fin, devastadoras epidemias como el cólera morbo y fiebre negra hirieron tan vivamente la jóven imaginacion humana que, olvidando ó tergiversando las tradiciones genesiacas sobre su propio origen y sobre el concepto de Dios, surgió en el corazon humano el terror á la naturaleza y en el espíritu la divinizacion de las, para él, ocultas é inesplicables leyes de la misma. De aquí la denigrante idolatría, como hemos dicho

anteriormente, de aquí la divinización del poder en el más fuerte como trasunto ó representación de la divinidad, pero divinidad forjada por el hombre mismo, de aquí también la mezcla de lo humano con lo divino, de donde surgieron los héroes, bien por procreación ó comercio directo entre los dioses y los hombres, bien por misteriosa emanación de la esencia divina.

Según se consigna en las más antiguas tradiciones los jefes primitivos fueron considerados como personajes divinos, los mandatos que decretaron en vida se tuvieron por sagrados á su muerte y se les conservó vigentes por sus sucesores en el mando, toda vez que estos eran también tenidos como hijos de los dioses, siendo éstos y aquellos gobernantes depositados después de su muerte en el panteón de su familia ó estirpe, para tributarles el mismo culto y honores que recordasen su divinización. No de otra manera aparecen considerados en la Historia los Jaho, Menes, Nemrod, Hércules, Teseo, Rómulo, Odino y otros muchos personajes, ya reales ya ficticios, exornados por exuberante imaginación en las primitivas historias de los antiguos pueblos.

¿Qué mucho, pues, que los gobernantes en la antigüedad, llamáranse jefes, reyes ó emperadores, fuesen naturalmente *déspotas*, señores de vidas, honras, haciendas y voluntades de sus súbditos? Y, no se crea desvirtuar esta apreciación general por los casos que como excepción pudieran alegarse en contrario tomados del pueblo hébreo, del griego y del romano, modelos en aquel tiempo de aspiración á la libertad y dignidad del hombre: el pacífico y laborioso pueblo egipcio, los estacionarios indio y chino, el religioso hébreo, el industrial y mercantil fenicio, el opulento caldeo-asirio, el heli-coso medo-persa, el expansivo y civilizador heleno, el ambicioso y cruel cartaginés y el severo y legislador romano fueron pueblos todos que experimentaron, cual más, cual mé-

nos, los efectos del absorbente despotismo de los poderosos imperios que los doblegaron á su tiranía bajo el cetro de los Nabucodonosores, Sesostris, Ciro, Cambises, Darios, Alejandro, Antiochos, Ptolomeos, Augustos, Calígulas, Neron, Dioclecianos y otros por el estilo.

El poder omnímodo de tales gobernantes se reflejó á su vez en todas las escalas de la administracion del Estado; los sátrapas, gobernadores, pretores y demás funcionarios, cuyo nombre nada importa, tanto más poderosos cuanto más alejados de las metrópolis, tiranizaron y aniquilaron á su sabor las provincias, imitando en un todo á sus soberanos.

Personificando los sátrapas ó gobernadores la omnímoda autoridad del poder central, y uniéndose á esto la alejada situacion de muchas provincias gobernadas por la fuerza, en las que apenas ó casi nada se hacía sentir la influencia de aquel poder unitario, con más la natural repulsion de unas regiones con otras diametralmente opuestas en situacion geográfica, en costumbres, creencias, orígenes y tendencias, se explican perfectamente las frecuentes y rápidas trasformaciones de aquellos imperios que hemos citado varias veces como verdaderos modelos de absorcion gubernamental.

Tan profundas raíces debió ahincar en la humanidad el poder absoluto durante los muchos siglos de la edad antigua, que, á despecho de las radicales y trascendentales evoluciones de la sociedad en la edad media y moderna, ha retoñado en ocasiones con más ó ménos energía y por más ó ménos tiempo de duracion.

Una de las inmediatas consecuencias del despotismo en la edad antigua fué la formacion ó division de la sociedad en *castas*, siendo estas en la mayor parte de los pueblos antiguos lo que hoy son las clases constitutivas en toda nacion bien organizada.

La acumulacion por la conquista de heterogéneas familias, tribus y pueblos en los antiguos imperios, produjo en muchos de ellos la indicada clasificacion por castas. Muchas veces los grandes conquistadores para obtener una pronta sumision de los países subyugados, ponían en juego medios que la actual civilizacion rechaza con horror; tales eran, por ejemplo, la devastacion del país, esterminio de los vencidos, reduccion de los mismos á la más degradante esclavitud, y tambien aquellos inmensos trasiegos, digámoslo así, que á manera de caudalosos rios trasportaban generaciones y poblaciones en masa desde su país natal á otras regiones apartadas, aunque dentro de las fronteras del imperio. Tal sucedió á los hebreos en varias ocasiones transmigrados á Babilonia, Ninive y Ecbatana por los emperadores caldeo-babilónicos y persas, á los egipcios por Nabucodonosor á la Colchida y Asiria, á los griegos insulares por los emperadores persas á las regiones interiores del Asia, y así otros muchos casos análogos.

Con tan bruscas transmigraciones de pueblos sobre pueblos se acumulaban en un mismo país tribus distintas en origen, costumbres, creencias y ocupaciones, produciéndose al fin una amalgama que dejaba traslucir de algun modo sus elementos componentes. De esta mezcla de pueblos y razas diferentes provinieron las castas, las cuales en los países donde se organizaron tuvieron como particular distintivo el dedicarse á ocupaciones y género de vida diferentes, implicando al mismo tiempo el conceptuarse de distinta naturaleza las unas de las otras, y resultando, como era consiguiente, repulsiones entre ellas y prohibicion de enlazarse en consorcio mútuo.

Aunque al parecer las castas en una nacion debieran ser tantas cuantos eran los pueblos ó tribus allí aglomerados, generalmente acostumbraron distinguirse un número deter-

minado y no prolijo. En la mayor parte de los estados ó nacionalidades en que se admitió la clasificación indicada, se distinguieron las castas de los sacerdotes, guerreros, agricultores, artesanos, comerciantes y, en último término, la de los esclavos, seres desgraciadísimos que eran los más abyectos y despreciados, bien se les llamara *párias* en la India, *ilotas* en la Grecia y *mancipia* entre los romanos.

Ya que mencionamos los esclavos, detengámonos algun tanto á considerar qué era la *esclavitud* en la antigüedad.

La constante ocupacion de los antiguos pueblos en colosales guerras entre sí, originó entre otras cosas la esclavitud tan universalmente estendida entónces. Desde el momento en que la fuerza ó, lo que es igual, la guerra se suscitó entre las primeras sociedades, el vencido en ella estaba destinado á la muerte, como en sacrificio ofrecido á los dioses del gentilismo y á manera de *hostia* de propiciacion, cuya palabra *hostia* la deducen los filólogos del *hostis*, enemigo; sabida es aquella terrible ley ó principio fundamental de la legislación romana, «*Adversus hostem æterna auctoritas esto.*» (1)

Como primer progreso en la guerra, si es que había alguno en pró del prisionero, substituyó á la muerte la esclavitud, la cual respetando la vida del desgraciado, parecía por lo pronto mejorar su suerte. ¿Cuántas veces sucederá hoy mismo entre los varios pueblos que aún viven sumidos en la barbarie y el salvagismo en ciertas regiones del Asia, Africa y Oceanía, que los prisioneros en los combates serán destinados á la esclavitud, por mas que esta degradacion humana esté borrada por completo en los pueblos civilizados, ó, si hay vestigios en alguno, esté esencialmente modificada?

(1) Leyes de las XII. Tablas.

En el estado de dignidad personal en que hoy nos hallamos constituidos, y de consideracion social que todos indistíntamente tenemos derecho á disfrutar, nos cuesta un supremo esfuerzo el representarnos al esclavo de la antigüedad. Para ello será bastante que lo consideremos en los últimos y más suaves tiempos de la edad antigua, es decir, cuando el unificador y civilizador pueblo romano podía gloriarse, entre todos los que le precedieron y le fueron coetáneos, de haber trabajado más que ninguno y que entre todos ellos por la confraternidad humana y universalizacion del derecho; pñes bien, aún en circunstancias relativamente tan ventajosas el esclavo, llamado jurídicamente *mancipium*, nombre derivado de *manu captus* (1), cogido con la mano como cosa que se posee, carecía de todo derecho, hasta del derecho de hombre, hasta del título de persona; es decir, era un instrumento material de su dueño, quien podía servirse de él como fuera de su agrado. En una palabra, absorbida por el amo la personalidad del esclavo, sin derechos éste sobre su cuerpo, alma y conciencia, no era capaz de mérito ni de responsabilidad, ya que obraba en todo en nombre de su poseedor como obra un animal dominado por el hombre; así se explica que al esclavo se le podía vender, donar, manumitir ó libertar, se le podía destinar á las acciones más injustas y pecaminosas, se le podía átropellar y hasta matar impúnemente (2); recuérdese con horror é indignacion el final de la vida de muchos infelices que eran arrojados á los peces para su engorde, si su avanzada edad ó sus achaques les hacían inútiles ó infructuosos para sus opresores.

Aunque los esclavos fueron destinados á toda clase de ocupaciones así físicas como intelectuales, hasta el punto de que monopolizaran casi por completo las labores domésticas, el

(1) Varron. L. L. V. 8.—*Quasi manu capti*.

(2) Juvenal, Sátira VI, 219.

comercio, los talleres, la agricultura, el cultivo de las letras y aún las ciencias, sirviendo muchos de ellos de pedagogos ó maestros en las familias que los poseían (1), lo cierto es que sobre ellos recayeron, como era consiguiente, los trabajos más penosos y forzados. ¿Qué mucho, pues, que se les destinara para todo, hasta para servir de diversion, explotando sus destrezas y habilidades, en especial para la lucha? Estoy viendo surgir en vuestras mentes la idea del gladiador.

Algunos poseedores de centenares y millares de esclavos los amaestaban con tal perfeccion para la lucha ó combate, que despues los vendían ó alquilaban para los espectáculos públicos del Anfiteatro (2), como pueden hacer hoy nuestros ganaderos de toros bravíos ó de plaza, á fin de divertir á las muchedumbres y á la encumbrada aristocracia.

Aquel asombroso pueblo romano, tan jactancioso por sus conquistas y cultura, llegó de tal manera á desdeñar toda ocupacion de su actividad, que sólo se complacía en la ociosidad y en las diversiones gratuitas, clamando y pidiendo de continuo *panem et circenses* (3), como diríamos hoy *pan y toros*. Nádie hubiera sido capaz de reconocer al digno romano de los gloriosos tiempos de la república entre aquella muchedumbre degradada, que con la espórtula ó capacillo debajo del brazo iba á recibir las *annonarias*, ó distribuciones de alimentos, que hacía el Estado ó los potentados, y que despues aullaba impaciente en las afueras del Anfiteatro, se apiñaba afanosa en sus colosales puertas, circulaba en tumultuoso oleage por los anchurosos *fórnices* (4) y cual río de lava humana se derramaba por los *vomitoria* y

(1) Séneca V. 88—Plinio VII. 27.

(2) Suetonio XII Imperatorum vitae, Jul. cap. 23, Aug. cap. 42.

(3) Juvenal. Satira 10<sup>a</sup>.

(4) Galerías interiores.

*viæ* (1) en las anchas graderías del Coliseo, donde se acomodaban más de ochenta mil espectadores.

Tan refinado llegó á ser el gusto del pueblo romano por las diversiones del combate, que no contento con las luchas de fieras con fieras en un principio, las convirtió en luchas de fieras con los hombres; y, sublimando más todavía su mal disimulada ferocidad, llegó á sustituir estos espectáculos con los combates de hombres con hombres, es decir, de gladiadores. Hiélase, Señores, la sangre en las arterias y la lengua se resiste á describir uno de esos espectáculos en que llegaron á tomar parte hasta 10.000 gladiadores durante las prolongadas fiestas nacionales de aquel pueblo triunfador (2), y no sabe uno qué admirar más en ellas si la feroz complacencia del público espectador, ó la resignacion estúpida de los desgraciados protagonistas, quienes al desfilarse ante el emperador, presidente de la fiesta, esclamaban; *Ave Cæsar, morituri te salutant*.

Sobre todo, repugna al corazón humano recordar aquellos momentos críticos en que el entusiasmo de los espectadores era tal que, al ver la destreza de un gladiador que hería á su rival, exclamaban frenéticos de gozo, *¡habet, habet, habet!*, esto es, *¡habet vulnus!*, ¡está herido!; tan desenfrenados gritos alentaban el ánimo del vencedor y aumentaban la turbación y angustias del vencido, el cual ya caído en tierra depositaba en el acto las armas y esperaba á que el veleidoso público, que le contemplaba en aquel estado, decidiera de su suerte. Entónces el gladiador victorioso oprimiendo fuertemente con el pié el cuello del vencido, blandiendo en son de triunfo su espada ensangrentada y dirigiendo su feroz mirada al bullicioso concurso, esperaba su decision; escenas mudas de encontrados sentimientos terminaban este incidente

(1) Entradas y carrejos del tendido en nuestras plazas de toros.

(2) Dion Casio, Historia romana, lib. XLVIII. c. 15.

tan repetido en aquellas hecatombes; si multitud de brazos estendidos *pollicem premebant* (1), cerraban el dedo pulgar, el mísero gladiador se salvaba del peligro: mas, ¡si por un entusiasmo incalificable *pollicem vertebant* (2), estendían hácia abajo el pulgar en ademán de herir, asestaba el vencedor el último golpe de segura muerte en el seno de la víctima, la cual debía espirar, á ser posible, en la actitud más apuesta, gallarda y académica!

Cuadros de tal naturaleza, y otros muchos que pudieran aducirse, sirven para formarnos un concepto aproximado de la precaria situación de la esclavitud antigua; ¡degradante condición que llegó á absorber las diez y nueve vigésimas partes de la humanidad!

A poco estará reducido lo que tenga que decirse sobre el estado de la propiedad en la edad antigua.

La *propiedad territorial*, que es á la que me refiero, hubo de originarse en los primeros tiempos históricos desde el momento en que, no hallando el hombre suficientes medios de subsistencia en la producción espontánea de los frutos de la naturaleza, ni en los que resultaban de la caza y pesca, como primeras ocupaciones, trató de hacerse dueño del terreno y de explotarlo en su provecho. Imponiendo el hombre su dominio sobre los animales que le sirvieran de compañía, ayuda y alimento, comenzó el pastoreo y la agricultura, medios artificiales que cooperaron á la naturaleza bruta en provecho de su dominador; entonces fué cuando se organizó el derecho de propiedad, bien porque el pastoreo, de carácter nómada en un principio, hiciese necesaria la posesión temporal del suelo, bien que la agricultura determinase ó una po-

(1) Hor. Ep. 1, 18. 66.

(2) Juvenal, Sátira 3.ª 36.

sesion ménos transitoria que aquel cuando las tribus agricultoras explotaban más ó ménos tiempo un terreno inculto, que más tarde abandonaban para trasladarse á otro, ó ya que renunciando á las vagas emociones de la vida errante y haciéndose definitivamente sedentarias, fuese perpétua su estancia en el territorio que eligieran.

El derecho de propiedad territorial se ha presentado de diversa manera establecido en las tres edades de la Historia; al principio la propiedad fué social, colectiva ó comunal y despues acumulada en la edad antigua, infeudada en la edad media, y libre ó individualizada en la edad moderna (1). Dicho sea todo esto en general, sin que obsten los casos que pudieran aducirse en contrario, tan solo como excepciones poco frecuentes, dentro de cada edad histórica y de su respectiva especie de propiedad.

Teniendo en cuenta los datos que la Historia nos suministra sobre la organizacion de la propiedad territorial antigua, se comprende cláramente que esta no tuvo en un principio el carácter individual, como pudiera suponerse: ántes al contrario, los ganados, los pastos, el terreno, los frutos y hasta las armas, muebles y demás utensilios para las comodidades de la vida debieron ser de uso comun entre los individuos de la tribu, más bien que de propiedad particular. Tal estado debió exigirlo el género de vida de aquellas tribus, obligadas por la necesidad á distribuir las ocupaciones ó el trabajo, en cierto modo colectivo, para que cada individuo se dedicase á especialidad distinta y obtener mejores resultados.

Segun esto, la propiedad fué en la antigüedad de carácter enteramente social, poseida directamente por la *tribu* de los pueblos orientales, el *guenos* de los griegos, la *gens* de los romanos, el *clan* de los iglanders, montañeses de la Escocia y de la Irlanda, el *kan* de los tártaros y la *horda* de los es-

(1) Castro, Compendio Razonado de H.<sup>2</sup> U.<sup>2</sup> Tom. III, Sec. 1.<sup>2</sup> Lec. 1.<sup>2</sup>

citas. Todavía hoy se ven trasuntos de tal clase de propiedad en el *comun* de los indios, árabes y turcos y en los *bienes comunales* de Holanda, Bélgica, Suiza, Francia, España y otras naciones de Europa. La propiedad así constituida era de uso comun entre individuos de una misma estirpe ó familia, bajo la direccion y administracion del padre ó patriarca; se la consideraba inalienable y no sujeta á testamento, toda vez que el derecho de primogenitura por masculinidad determinaba de antemano el heredero ó sucesor en aquel cargo doble de jefe y de administrador.

Como modelo de comunidad de bienes, ó propiedad territorial asociada, puede recordarse la del pueblo hebreo, en el cual se reglamentó de tal manera este derecho, que se le puso un fuerte valladar para impedir el exagerado desequilibrio de la riqueza entre las tribus; este valladar lo constituyeron el *año sabático*, celebrado cada siete años, en el cual no se recolectaban los frutos de la tierra para que los disfrutaran los menesterosos, y el *jubileo* cada cincuenta años, al cabo de los cuales volvían los predios á sus primitivos dueños ó familias, regulándose en consecuencia el valor del predio en enagenacion por la proximidad ó alejamiento del plazo del jubileo. (1)

El espíritu que presidió en el pueblo hebreo y en todos los antiguos, al regular el derecho de propiedad territorial, fué, por lo visto, el impedir una exagerada, dañina y peligrosa desigualdad de la riqueza por la acumulacion de aquella en pocas manos. Recuérdense tambien á este propósito las grandes controversias y aún revoluciones en Roma, provocadas entre patricios y plebeyos por las tan manoseadas leyes agrarias, que al fin no pudieron conseguir el resultado que se apetecía.

---

(1) Moises, Levítico, cap XXV, v. 4, 5, 6, 10, 13, 14, 16.

Precisamente el final de la edad antigua presenta tan acumulada la propiedad, que hoy nos parecería imposible que así llegase á suceder. Se cuenta sobre este particular que fué tal el desequilibrio de la propiedad en los últimos tiempos de la dominación romana, que toda el Africa vecina al Mediterráneo, ó region sēptentrional de esta parte del Antiguo Continente equiparada á la cuarta parte de Europa, llegó á ser patrimonio de un corto número de grandes propietarios romanos. Otro tanto pasaría en las demás provincias romanas, toda vez que al verificarse las invasiones de los bárbaros del Norte y al hacer trizas y repartirse entre sí el manto del coloso romano, los países por ellos dominados se consideraron en mejor situación que bajo el poder del pueblo rey, tan sólo porque aquellos nuevos dueños dejaban por el pronto los dos tercios del territorio, para que lo disfrutaran como suyo, á los indígenas del país que se sometían de buen grado á la conquista.

Daré fin al presente estudio sobre el estado social de la humanidad en la edad antigua con lo que parece debiera haberle dado principio, esto es, con la organización de la *familia* ó sociedad doméstica.

Decíamos poco ántes, que la constitución de la familia había que considerarla tan antigua como la aparición del hombre sobre la tierra, y como la base ó fundamento del grandioso edificio social.

En efecto; todos los datos históricamente consignados, así como las primitivas tradiciones de todos los pueblos, demuestran que la entidad familia es la institución humana más antigua, puesto que se remonta á las primeras fuentes de la vida de la humanidad, siendo á la vez la que ha durado al través de los siglos, sirviendo de norma á las demás cla-

ses de asociaciones y de termómetro indicador del perfeccionamiento ó decadencia de las mismas.

Puede decirse con seguridad que si el vendaval de los trastornos políticos, consignados en la Historia, ha modificado marcadamente la manera de ser de las sociedades políticas ó gobiernos, ha hecho ménos trasformaciones en la familia, sin duda (por datar esta institucion de orígenes más inmediatos á la pura naturaleza, y tener ménos que aquellos de lo artificioso y convencional: esto no obstante, la institucion familia presenta tambien caractéres diferenciales en las varias edades de la Historia como resultado de los progresos religiosos, morales y políticos.

No siendo propio ni adecuado á la condicion racional del hombre el perpetuar su naturaleza por la ley de la vaga Venus, que preside á la reproduccion de los irracionales, surgió con su propia naturaleza el matrimonio, cuyo origen, si intentamos buscarlo en la Historia púramente humana, perderemos sus huellas en la oscuridad de la organizacion de los primeros gobiernos ó sociedades civiles; será, pues, preciso para encontrarle, remontarnos á los albores de la vida humana en la creacion directa por Dios del primer hombre y primera mujer, elementos complementarios de la especie. Con ello comprenderemos ademís el porqué desde un principio presentó el matrimonio, como contrato natural mútuo, el carácter de perpetuidad ó indisolubilidad, y porqué fué rodeado en todos los pueblos del prestigio y consagracion que le prestaran ciertas ceremonias religiosas y profanas: la unidad, indisolubilidad y santificacion del contrato matrimonial son condiciones indispensables para garantir de antemano el total y perfecto cumplimiento de los altos fines de su institucion.

Lo que más caracteriza á la familia en la antigüedad es la relajacion de los naturales y sagrados lazos que deben exis-

tir entre los individuos que siempre la han formado, la forman y formarán mientras ella exista; me refiero á las justas, amorosas y honestas relaciones entre el padre, madre y prole ó descendencia.

En la antigua sociedad pagana fué el padre para la familia un fiel trasunto del despotismo gubernamental de aquella edad; su personalidad, siendo el todo en su pequeña esfera administrativa, llegó á contar entre sus naturales atribuciones hasta el derecho de vida y muerte sobre los seres que le rodeaban (1). La mujer por su débil naturaleza y la falta de todo derecho, á no ser el derecho á la compasion ante su déspota el hombre, se la tuvo por lo general en perpétua tutela, ya que pasaba de la subordinacion al padre á la del esposo, y de la de éste á la del hijo mayor ó de otro tutor en su viudez (2). Compréndese perfectamente que el estado moral, político y civil de aquellos tiempos paganos contribuyó en gran manera á la degradacion de la mujer, llegando hasta el punto de suponérsela de distinta naturaleza que el hombre y dudándose tambien si era un ser dotado de alma racional. Completaba este triste cuadro la generalizada poligamia que en la mayor parte de los pueblos convirtió á las mujeres en miserables instrumentos de placer hacinándolas en los harenes, floreros entregados á la más asquerosa profanacion, y almacenes que se llenaban y renovaban por el vergonzoso tráfico de la especie humana esclavizada; tal sucede hoy mismo en pueblos de idénticas condiciones que no han entrado todavía en los senderos de la civilizacion. En una palabra esa interesante y bella mitad del género humano constituida por nuestras idolatradas madres, angelicales hermanas, amantísimas esposas y encantadoras hijas, fué considerada en la antigüedad como incapaz de tener repre-

---

(1) Ciceron, leg. III 8.—Suetonio, Octa. 68.—Séneca, de beneficiis III. 13.

(2) Tito Livio, XXXIV, 2.—XXXIX, 19.

sentacion alguna en la sociedad; su esfera de accion estuvo reducida á la del *serrallo* en el oriente, del *gineceo* griego y del *atrium ó zoteca* (1) de los romanos, sin que ejerciera derechos propios, á no ser pocos y por excepcion en este último pueblo.

En resúmen, la poligamia y repudio en los pueblos orientales y el divorcio en las regiones de occidente relajaron de tal modo los sagrados lazos del matrimonio, que fué imposible obtener la verdadera y perfecta estabilidad en institucion tan trascendental como es la familia; los esposos, de la misma manera que se obligaban á comun vida por mútuo consentimiento, rompían el compromiso con sinigual facilidad. Criticando el filósofo Séneca la frecuencia de los divorcios entre los romanos de su tiempo, ya por iniciativa de los maridos como por la de las consortes, exclamó de esta manera; «¡las mujeres ya no cuentan sus años por el número de los cónsules, sino por el de sus maridos!» (2)

Perturbada de esta manera la familia antigua, no podía ser muy halagüeña la condicion de los hijos, sometidos por otra parte á la omnimoda voluntad del padre, «*patria majestas*,» y constituidos bajo tutela durante la vida de este y de sus ascendientes, á no ser que anticipadamente obtuviesen la emancipacion, como si fueran esclavos, por espontáneo consentimiento de la autoridad paterna. (3)

He dado término, Señores, al cuadro que representa de algún modo la Edad Antigua; lo que más resalta entre todos los perfiles que le diseñan es la idolatría, la absorcion de la personalidad humana por el Estado y la universalizada esclavitud.

(1) Sala ó departamento de una casa griega ó romana donde se dedicaban las mujeres á las labores de su sexo.

(2) Séneca, De Beneficijs, libr. 3.º, 16.

3) Tito Livio, VI, 14.—VII, 16.

A pesar de tan deplorables condiciones, la sociedad antigua presentó en determinados pueblos y en circunstancias especiales evoluciones notables que dieron muestras de la perfectibilidad humana, simbolizada en grados más ó ménos elevados de civilizaci6n; ejemplo son de ello los adelantos que alcanzaron los imperios asirio-babil6nicos bajo Nine, Semiramis y los Nabucodonosores, el Egipto bajo los Farahones ses6stridas y los Ptolomeos, Persia bajo Ciro, Cambises y Dario 1.º, Grecia durante la supremacía de Atenas con los Pístrátidas y Pericles y bajo el imperio maced6nico, y, en fin, Roma durante los buenos tiempos de la república y principios del imperio.

Con todo, Señores, las civilizaciones personificadas por los pueblos que acabo de enumerar eran civilizaciones incompletas por lo que tenían de exclusivistas. Todo el que ha saludado la Historia ha podido comprender lo repulsivas que generalmente fueron entre sí las civilizaciones antiguas, explicándose con ello los grandes choques entre aquellos pueblos que venían á ser profundamente modificados por las aglomeraciones de la conquista. Sabido es tambien cuán poco y cuán incompletamente se manifestó en la antigüedad la tendencia á la fraternidad universal, que sólo supo despues inspirar el Cristianismo; y, si algo de escepci6n pudiera hacerse en honor de los unificadores imperios maced6nico y romano, fueron estos, sin embargo, en mucho egoistas y privilegiadores, hasta el punto de no poder comprender ellos pudiera haber más atm6sfera social que la que se respiraba en su nacionalidad, de referirlo todo á sí mismos, de juzgar su civilizaci6n como la única admisible, y considerar como *bárbaros* á todos los pueblos extranjeros, mientras no se acomodasen á sus condiciones y adoptasen todos sus modos de ser.

Los últimos siglos de la Edad Antigua representados por

los dos últimos pueblos que en ella figuraron, á saber, el griego y el romano, fueron siglos de transición, en los que la humanidad, secundando libremente los altos y trascendentales designios de la Providencia, se preparó á recibir la divina idea de la redención del hombre por el Mesías prometido y esperado.

El poderoso, aunque breve en duración, imperio macedónico, ó de Alejandro Magno, sirvió para que los pueblos orientales y occidentales se aproximasen mutuamente, y para que las civilizaciones asiática y europea se amalgamasen. Si los antiguos conquistadores egipcios, asirios, caldeos, medos y persas fueron guiados por el espíritu de destrucción, en cambio Alejandro Magno aspiró á fundar algo en definitiva; así es que, en vez de abolir los usos ó costumbres particulares, las leyes y creencias de los pueblos vencidos, se propuso adoptarlas y fusionarlas con las griegas, para hacerlas comunes á todos los pueblos que había de regir su cetro, y llevar de este modo á cima el primer ensayo que la Historia nos presenta del grandioso proyecto de pacificación universal, de fusión universal, en una palabra, de unión universal, á fin de constituir una sola familia de todas las naciones conquistadas.

Aunque una muerte prematura paralizó la gigantesca empresa de Alejandro Magno, sin embargo, la semilla estaba echada y ella había de germinar y dar saludables frutos.

Como síntesis, y consecuencia á la vez, de la obra ejecutada por el conquistador macedónico, podemos recordar el establecimiento de colonias griegas en oriente, á semejanza de las ya establecidas en las regiones occidentales del mundo entonces conocido. Tales colonias, imitadoras de la culta Atenas y cual otros focos de la civilización helénica expansiva y unificadora, propagaron por todas partes el comercio, las artes y las ciencias, desde el fecundo valle del

Nilo y playas del mar Adriático hasta las vertientes del Tíbet ó el Himalaya, y desde las costas del mar Índico y confines de la Etiopía hasta las confusas fronteras de la Escitia y la Sarmacia. Recuérdense con satisfaccion los nombres de Pérgamo, Antioquia, Seleucia, Samarcanda y las Alejandrias (llamadas hoy Herat y Candahar) en el corazón del Asia, y las africanas ciudades de Cirene y Alejandría de Egipto. Esta última ciudad, que heredó y hasta eclipsó á la inmortal Atenas, fué el más genuino recuerdo de la recopilacion de las tradiciones y ciencia de los pueblos protagonistas de la Historia Antigua; sabido es que la Biblioteca de Alejandría, fundada por Ptolomeo 1.º Soter, llegó á reunir más de 700.000 volúmenes, en los que se contenían los conocimientos de aquellos tiempos, y para que nada faltase en aquella sorprendente compilacion de obras literarias se hizo para ella la primera traduccion que de la Biblia Hebrea se haya hecho á otra lengua; me refiero á la traduccion del Antiguo Testamento al idioma griego, llamada version de los Setenta por haberla traducido setenta ancianos judíos de órden de Ptolomeo 2.º Filadelfo.

La obra de unificación inaugurada por la raza helénica necesitaba ser llevada á complemento por otro pueblo, jafético como él, por el pueblo romano, último representante de la edad antigua, y heredero y recopilador de todos los precedentes.

Ese majestuoso pueblo, á quien con justicia se le apellidó el pueblo rey, comenzó por una pequeña colonia de habitantes del Lácio, de la Sabinia y la Etruria, establecida en las orillas del Tiber, la cual desarrollándose paulatinamente y organizándose como una Ciudad, llegó á convertirse en un Mundo, *Orbis romanus*; los resaltantes caracteres de Roma, á saber, la severidad, madurez, prudencia, reflexion, amor pátrio, ambicion, actividad y constancia consumaron tan

gigantesca obra durante los tres períodos de su existencia, llamados monarquía, república é imperio.

Al heredar Roma la civilizacion helénica, que tanto se extendiera por oriente, la conservó y aumentó, extendiéndola más y más y con predileccion por las regiones de occidente; y, al dominar el mundo entero por medio de las armas, impuso á la vez sus leyes, sus costumbres, sus creencias y su idioma, resultando, como dice Bosuet, «que la majestuosa unidad fundada por los romanos sobre la profusa division del mundo pagano, venía á ser el cumplimiento de los designios de la Providencia, ya que en la unidad política se veía la preparacion para la unidad religiosa, y en la universalizacion de la ciudad material el próximo advenimiento de la ciudad divina » (1)

Roma, pues, había cumplido su mision histórica, y el decreto de paz universal formulado por Augusto había señalado la plenitud de los tiempos tantas veces anunciados en los libros santos. Mas, si el pueblo romano había llegado al apogeo de su grandeza, tambien, por desgracia, la decadencia moral estaba á la vez en razon directa de ese mismo engrandecimiento.

La profunda y general corrupcion de las costumbres, obra del desacreditado paganismo, necesitaba un remedio sobrehumano; los dioses se marchaban, sus oráculos enmudecían, su sacerdocio era objeto de ludibrio, y la humanidad entera estaba sedienta de regeneracion moral. Ya no sólo el pueblo judío modulaba aquella ardiente plegaria que le enseñaran sus profetas, «*Rorate caeli desuper et nubes pluant Iustum; aperiatur terra, et germinet Salvatorem* (2); caiga el rocío de lo alto y las nubes lluevan al Justo; ábrase la tierra y produzca al Salvador;» sino que hasta el mismo mundo pa-

(1) Bosuet, Historia Universal.

(2) Isaias, cap. XLV, v. 8.

gano, empapado en idénticas esperanzas, había vaticinado por boca de la Sibila de Cumas la próxima venida del Divino Salvador. Recordando este vaticinio, pocos años ántes de su cumplimiento, el incomparable poeta latino Virgilio, esclamaba de esta manera tan expresiva;

«Ultima Cumæi venit jam carminis ætas:

«Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo:

«Jam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna:

«Jam nova progrenies cælo demittitur alto.» (1)

«Han llegado por fin los últimos tiempos de que habla la Sibila de Cumas; va á comenzar de nuevo el curso inmenso de los siglos; ya viene la vírgen, y vuelven los felices tiempos de Saturno: ya del alto cielo va á ser enviada una nueva descendencia.»

Por tanto, el mundo estaba en expectativa universal, la estrella misteriosa de Jacob rutilaba en las regiones del oriente y el Deseado de las gentes descendía sobre la tierra..... ¡*Emmanuel!*, exclamó con indecible júbilo el escogido pueblo de Dios; ¡*mez emon ó Zeos!* resonó en el oriente griego; ¡*Nobiscum Deus!*, repitió el occidente romano; y este consolador ¡*Dios con nosotros!* repitióse en todas partes..... La divina Providencia que incesantemente vela por los destinos de su obra predilecta y que dispone los hechos á medida de sus designios, contando siempre con la libre cooperacion humana, tenía preparados en las regiones hiperbóreas enjambres de pueblos jóvenes, bárbaros sí, pero vírgenes y extraños á la corrupcion universal. Ya sonó la hora de regeneracion física y moral; la sávia vigorosa y fresca de la razas del septentrion va á desinfectar el medi-día, el oriente y el ocaso, y á la vez la sublime doctrina del Evangelio coronará la obra deseada.

Vislúmbrause, Señores, los nítidos albores de la Edad

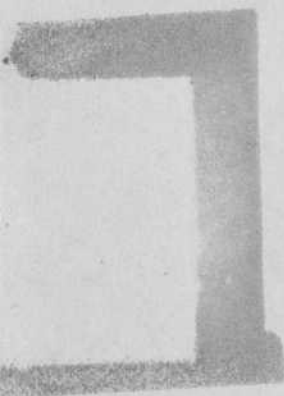
(1) Virgilio, Egló; a IV.

Media; el Mundo vá á trasformarse de una manera asombrosa por las causas indicadas. Detengámonos aquí y descansemos, si os parece, pero con el propósito de continuar en otra conferencia la escursion inaugurada, para contemplar á la humanidad en la edad de sus ilusiones, en la edad de su caballescica juventud, la más difícil de analizar y comprender.

Logroño 29 de Marzo de 1879.







BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



1000211511

